

# GATOS INTELIGENTES

Por **ELLA ROBINSON**

CLARA y Raulito estaban listos para escuchar la historia que la tía Alma les iba a contar. Se acomodaron en el banco que estaba debajo del manzano. El tío Enrique trajo algunos almohadones y la silla de madera para la tía Alma.

-Una noche -comenzó la tía-, el tío Enrique y yo salimos para poner los patos en su corral, donde pasaban la noche. El tío llevaba a la pata en una mano y en la otra una cesta llena de patitos. Yo llevaba los dos gatos persas: Soda y Tody.

-Oh, tía, ¿y qué iban a hacer con los patos y los gatos? -preguntó Clara riendo al pensar en sus tíos llevando a dormir los patos y los gatos.

-Señorita, espere y escuche -sonrió el tío Enrique poniendo su mano grande sobre la mano pequeña de Clara.

-Mientras nos dirigíamos hacia el granero donde solía guardarse el maíz, que quedaba detrás del galpón y que ya no se usaba más como granero, les íbamos hablando a nuestros animalitos. El tío Enrique y yo pensamos que ése era un buen lugar para encerrar los patos. Allí no habría peligro de perros, zorrinos ni otros animales nocturnos, pero sí de las ratas. Parecía que no había paredes que pudieran evitar la entrada de las ratas.

"Cuando abrí la puerta del granero dejé a los dos gatos en el suelo. Los gatos rrunneaban y se refregaron contra mis piernas. '¡Ahora, Soda, y tú, Tody, tienen que liquidar las ratas que hay aquí!' les dije con voz suave.

"Los gatos vieron cuando el tío Enrique dejó a la pata en el suelo e inclinó la cesta sobre un lado para que los patitos pudieran salir; entonces los gatos comenzaron a caminar de un lado a otro, y a husmear. El tío Enrique y yo volvimos a la casa, pero a la mañana temprano volvimos al granero para ver si la pata y los patitos estaban bien.

"Cuando abrimos la puerta del granero Soda corrió a un rincón, levantó algo y me lo trajo, poniéndolo a mis pies. Era una rata muerta. Parecía sentirse muy orgullosa de lo que había hecho. Por supuesto, la acaricié y la alabé".

-¿Los gatos no comen ratas? -preguntó Raulito.

-Bueno, me alegro que nuestros gatos no comían ratas, porque estaban bien alimentados.

'Y les voy a contar también del gatito de Tody. Era un gato amarillo y lo llamábamos Mono. Tenía una carita de mono y en lugar de correr como los otros gatos, saltaba como los monos. Siempre que lo llamábamos:

'¡Mono! ¡Mono!', venía saltando, se trepaba al pilar y luego de un salto caía en el porche.

"Pues bien, descubrimos que alguien se estaba comiendo la comida de las gallinas, y no eran éstas, porque el alimento desaparecía durante la noche mientras ellas dormían. Pensamos que podrían ser las ratas.

"Tomé a Mono y lo llevé al gallinero y le dije con voz bien suave:

'¡Caza esa rata, Mono! ¡Cázala!' El gato maulló y me lamió la mano con su lengua áspera. Abrí la puerta del gallinero y lo eché adentro y al mismo tiempo encendí la luz. Al lado del comedero había una rata.

"Mono dio un salto y la cazó. Y saben Uds. que después de eso cada vez que lo metíamos en el gallinero, cuando iba a soltarlo a la mañana, me traía las ratas que había cazado durante la noche.

"Un día oí un aullido insistente en la puerta de la cocina. Me apresuré a abrir, y allí estaba Tody con un patito en la boca. La reté. Entonces ella soltó el patito y salió corriendo. El patito no estaba herido. Luego miré para ver dónde lo había encontrado. Había dos patitos más que caminaban por el patio. Habían perdido a su madre.

"Luego contemplé la cosa más extraña. Tody apareció de nuevo. Me miró, y luego miró a los patitos que andaban por el patio. '¡Miau! Miau!' dijo, dirigiéndose a los patitos levantó uno en la boca con tanto cuidado como si fuera su propio gatito y lo trajo a la casa.

"Cuando apareció la pata le di los patitos perdidos, y la familia se reunió otra vez feliz.



'Yo no sé cómo Tody entendió el asunto de los patitos. También pareció entender que a las ratas había que matarlas para que no se comieran la comida de las gallinas. ¿Cómo sabía ella que yo quería que lo hiciera? Algunas personas llaman a esto instinto. Yo no lo entiendo, pero sé que Dios nos da los animales para que nos acompañen y parece que pueden entendernos cuando les pedimos algo".

# GENEROSIDAD

Por ENID SPARKS

CUANDO Julia se despertó, el sol ya brillaba en el cielo azul. Los pájaros cantaban alegremente; y cuando ella se asomó por la ventana, vio las perlas de rocío que cubrían el césped.

- ¡Qué lindo día, Teodoro! -le dijo a su hermano que dormía en la pieza al otro lado del pasillo-. ¡Apúrate a levantarte!

Al escucharla, su hermano Teodoro se levantó de un salto. No solamente no quería perder ese lindo día, sino que recordó que era sábado, ¡y por nada del mundo quería llegar tarde a la escuela sabática!

Mientras se vestía, Teodoro se acordó de otra cosa. Era un sábado muy especial, porque Juanita y Roberto iban a ir con ellos a la escuela sabática.

-¿Les parece a Uds. que ellos se han olvidado? -preguntó ansiosamente Teodoro a la hora del desayuno.

-¿Quién, querido? -quiso saber la madre, que estaba llenando un vaso de leche.

-Juanita y Roberto -dijo Teodoro-. ¿Se habrán olvidado de que hoy van a ir a la escuela sabática con nosotros? Quizás todavía están durmiendo.

-¡No me parece! -se rió la mamá-. Hace rato que oí a Roberto por ahí en el patio. Se levantó antes que Uds. Y él no va a dejar que Juanita se olvide.

Julia y el papá también se rieron.

-Creo que estarán aquí listos para salir antes de que terminemos de desayunar -le dijo el papá a Teodoro.

Pero cuando terminó el desayuno, Juanita y Roberto no habían llegado. Julia comenzó a preocuparse un poco.

-Mamá, ¿puedo ir de una carrera a lo de Juanita antes de ponerme el vestido del sábado? -preguntó.

-Sí, ve -le respondió la mamá-. Pero apúrate.

Julia salió de la casa corriendo como un rayo, en dirección a la casa de sus amigos. Cuando llegó al portón vio a Juanita sentada en el porche. Estaba llorando.

-¿Qué pasa, Juanita? -le preguntó Julia.

-¡No puedo ir contigo a la escuela sabática! -le respondió aquella, sollozando-. Me derramé jugo sobre el vestido de salir.

-¡Qué lástima! -lamentó apenada Julia. Pero en seguida pensó en su vestido del sábado que estaba esperándola en la percha del ropero-. Tú puedes usar mi vestido nuevo -le dijo a su amiga-. Yo voy a usar el mio rosado.

- ¡Oh, gracias! -exclamó Juanita, y le dio a Julia un abrazo tan fuerte que casi la ahogó.

En pocos minutos todos estaban listos para salir, y los niños subieron al carro con el papá y la mamá.



Julia sabía que no estaba tan linda con su vestido rosado un poco desteñido como hubiera estado con su vestido nuevo, pero se sentía tan feliz porque Juanita podía ir a la escuela sabática, que eso no le importaba nada.

Los niños disfrutaron mucho de la escuela sabática. Juanita y Roberto gozaron al escuchar las historias bíblicas, y antes de que terminara la clase habían aprendido a cantar algunos de los cantos del sábado.

Cuando la directora del departamento repartió ejemplares de EL AMIGO DE LOS NIÑOS, no le alcanzaron para darle uno a Roberto.

-Te doy el mío -le ofreció Teodoro en seguida-. Yo puedo leer el de Julia.

De modo que todos volvieron a sentirse otra vez felices.

Cuando regresaron a la casa, la madre notó que Teodoro no tenía un ejemplar de su revista favorita.

-¿Dejaste tu AMIGO en el carro? -preguntó ella.

Teodoro sacudió la cabeza y le respondió que se lo había dado a Roberto.

La madre no le dijo nada, pero Teodoro advirtió una expresión de satisfacción en su rostro.

Ese sábado de tarde, cuando llegó la hora del culto, se reunieron en la sala.

-Hoy ha sido un día muy feliz -comentó Julia-. Quiero agradecerle a Jesús por ello.

-Por cierto que sí -dijo la mamá, rodeando con sus brazos a Julia y a Teodoro-, y creo que yo sé la razón:

Uds. dos fueron generosos con sus amigos.

El corazón de los dos hermanos rebosaba de alegría cuando se arrodillaron con sus padres para agradecer a Jesús por sus maravillosas bendiciones. ¡Cuán felices se sentían de haber vivido ese día conforme a la regla de oro!

## GORJEOS

Chirp, chirp, chirp, chirp. Miré alrededor de mi oficina, preguntándome de dónde vendría ese ruido. ¿De la izquierda? ¿De la derecha? No, parecía provenir justamente de arriba de mí. Miré hacia arriba, pero no vi nada.

-Chirp, chirp, chirp, chirp.

“¿Qué es ese ruido?” me pregunté. Sonaba como un grillo. Pero, cuando miré a mí alrededor, no había ningún grillo. El ruido era tan fuerte que no podía concentrarme en lo que estaba haciendo. Caminé hacia el pasillo y di vuelta la esquina. Todavía podía escuchar el ruido; así de fuerte era.

Cuando volví a mi oficina unos minutos más tarde, encontré a un compañero de trabajo dando vueltas, revisando las plantas y mirando debajo de mi escritorio.

-Viene de allí arriba -le dije, señalando el cielorraso.

Él giró la cabeza para escuchar, y luego asintió. Sí, sabíamos que el grillo estaba allí arriba, aunque no podíamos verlo.

Mi compañero de trabajo se sacó el zapato y lo arrojó al aire. Cuando chocó contra el cielorraso, se hizo silencio.

-Volverá -dijo.

Y sí, unos minutos más tarde los ruidos comenzaron nuevamente.

Aunque no podía ver el grillo, sabía que estaba allí. Y así ocurre con el Espíritu Santo. No podemos verlo, pero podemos saber que está trabajando. Jesús dijo: “El viento sopla por donde quiere, y lo oyes silbar, aunque ignoras de dónde viene y a dónde va. Lo mismo pasa con todo el que nace del Espíritu”.

El Espíritu Santo puede cambiar tu vida, si se lo permites. ¿Por qué no lo invitas a que entre en tu corazón hoy?

Por Helen Lee Robinson

# GRACIAS POR EL DIA DE HOY

Por *Agnes Pharo*

EL SOL brillante de la mañana penetró por la ventana. Mario abrió los ojos, soñoliento. Pero no tardó en despabilarse.

-¡Oh! -sonrió-. ¡Es hoy, y estoy contento!

Mario vivía en una gran hacienda. Se sentía feliz porque ése era el día en que su primo David vendría para hacerle una visita larga.

Mario saltó de la cama. Se vistió, se lavó, se cepilló los dientes y se peinó el cabello. Corrió afuera y soltó a las gallinas. Les dio de comer y les puso agua. Mario estaba encargado de cuidar las gallinas.

Luego regresó corriendo a la casa. La mamá tenía el desayuno sobre la mesa.

-¡Cereal con leche! -exclamó Mario-. ¡Qué rico huele!

Inclinó la cabeza cuando el papá pidió la bendición. Pero estaba tan excitado que casi no podía comer.

Finalmente el papá miró el reloj.

-Las ocho. Es hora de ir a buscar a David al ómnibus.

En el viaje al pueblo, Mario observaba cómo pasaban uno tras otro los postes de los alambrados.

Alcanzó a ver una liebre que se ocultaba en el pastizal. De pronto apareció el campanario de la iglesia.

-Papá -dijo Mario-, ¿crees tú que David irá a la escuela sabática conmigo?

-Oh, estoy seguro que sí -respondió el papá-. No tienes más que preguntarle.

-Bueno -dijo Mario-. Y tengo muchas otras cosas planeadas que podemos hacer juntos.

Cuando llegaron a la terminal, el gran ómnibus estaba justamente entrando. En cuanto el conductor abrió la puerta, David saltó del ómnibus.

-¡Hola, David! -saludó Mario.

-¡Hola, Mario! -saludó David al mismo tiempo.

En el viaje de regreso a la hacienda, Mario le habló a David de todos sus planes.

-¿Irás también mañana a la escuela sabática?

-Por supuesto -dijo David-. A mí me gusta ir a la escuela sabática.

-Nos vamos a divertir -dijo sonriendo Mario-. Nos gustan las mismas cosas.

Cuando llegaron a la casa, la mamá les sirvió galletitas y leche.

Después de que terminaron de comer, Mario preguntó:

-¿Qué te gustaría hacer, David?

David se quedó pensando y luego le dijo: -Vayamos a ver los animales.

Los muchachos corrieron a la pradera. Había allí vacas y ovejas que pacían en la hierba verde y fresca.

-¿Dónde están los caballos? -preguntó David.

-En el galpón -respondió Mario-. Ven, te los mostraré.

Dentro del galpón estaba fresquito. Pero como venían de la luz brillante del sol, casi no podían ver. Y David se lo hizo notar a su primo.

-¡Hola, muchachos! -dijo una voz-. Vengan aquí.

David dio un salto, pero Mario se rió.

-Es papá -explicó.

El papá estaba ensillando un gran caballo alazán. Al lado había un caballo grande, blanco.

-¿Les gustaría dar una vuelta a caballo por el campo? -preguntó el papá.

Mario abrió la boca para decir que sí, pero se detuvo a tiempo. Recordó que David era su huésped. No sería cortés dejarlo solo en la casa, y el papá sólo podía llevar a un muchachito sentado delante de él en



la montura.

-Yo.. . yo. . . bueno. . . -tartamudeó Mario.

El papá le hizo una guiñada como si se hubiera dado cuenta de lo que Mario estaba pensando. Luego dijo:

-Roberto, el peón, también va.

David puede ir con él.

El papá lo sentó a Mario frente a él, y Roberto lo ayudó a subir a David. Luego salieron. Los caballos galopaban. El viento le voló el sombrero al papá y los dos muchachos se rieron.

Esa noche Mario se arrodilló junto a su cama. "Querido Jesús -oró-, gracias por hoy y por haber permitido que David nos visitara. Gracias por mañana cuando iremos a la escuela sabática juntos. Te doy gracias porque me permites compartir todo lo bueno que tengo con alguien. Amén".

# GRACIELA VISITA AL DENTISTA

Por *Juanita Boyce*

MAMÁ detuvo el automóvil frente a la oficina del dentista. Miró a Graciela y sonrió. Graciela tenía seis años de edad, y le gustaba ir al dentista. Tenía sólo dos años cuando su mamá la llevó por primera vez allí.

Graciela bajó del auto y se despidió de su mamá.

Luego se dirigió a la puerta de la oficina. A ella le gustaba ir sola a lo del dentista, porque la hacía sentirse valiente.

La niña abrió la puerta de la oficina y entró.

-¡Buenos días, Graciela! -le dijo la secretaria-. ¿Quieres mirar un libro mientras te llega el turno de ver al dentista?

-¡Oh, sí! -respondió Graciela. ¡Cómo le gustaba mirar libros! Se sentó y comenzó a hojear el libro que le prestó la enfermera. No pasó mucho rato sin que oyera que llamaban su nombre. La enfermera llevó a Graciela a otro cuarto y la ayudó a sentarse en el gran sillón que allí se encontraba. De pronto el sillón comenzó a subir. Subió y subió, cada vez más alto. Graciela no pudo aguantar los deseos de reírse. Le parecía muy divertida la forma en que la silla subía y subía. También la enfermera se rió junto con ella, mientras le colocaba una linda toalla muy limpia alrededor de su cuello, y le decía: "Tú eres una niñita muy valiente, Graciela".

Cuando el dentista entró, saludó a Graciela con una sonrisa, y conversó unos momentos con ella. "Bueno -dijo por fin-, ahora vas a abrir la boca y me dejarás ver si has cuidado tus dientes como es debido". Graciela abrió su boca todo lo que pudo. El dentista miró por todas partes, pero no pudo encontrar ninguna caries. Cuando terminó, le dio a Graciela unas palmaditas cariñosas en la cabeza, y le regaló EL AMIGO DE LOS NIÑOS por haberse portado tan bien. Graciela le dio las gracias al dentista. Se sentía muy contenta por haber venido a verlo. Ella también sabía que Jesús se sentía feliz de ver cómo ella cuidaba sus dientes.

-¡No te olvides, Gracielita -le dijo la enfermera sonriendo-, que los caramelos y la goma de mascar te agujerean los dientes!

-No me olvidaré -prometió la niña, con una sonrisa-. Quiero que mis dientes estén sanitos para que yo también esté sana y fuerte para Jesús.





## GRAN INGRATITUD

Un tribunal alemán declaró culpable a un hombre y le ordenó que devolviera 21 mil dólares, que su esposa le había dado.

-El dinero es legalmente mío -reclamó el hombre-. Ella me lo regaló.

Si su esposa le había regalado el dinero, ¿por qué tenía que devolverlo? ¿Cuál era su crimen? La corte declaró que era su “flagrante ingratitud”: no debería haber insultado a su esposa; al hacerlo, había perdido el derecho a quedarse con el dinero. El hombre debería haber sido más agradecido.

La Biblia cuenta la historia de cuando Jesús sanó a los 10 leprosos. Mientras él entraba en una aldea, los leprosos lo vieron y comenzaron a gritar: “[Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!” No podían acercarse, porque su enfermedad era muy contagiosa.

Jesús les otorgó lo que pedían. Les indicó que fueran a presentarse delante de los sacerdotes, porque ellos eran quienes debían revisarlos, para saber si habían sido sanados. Mientras corrían por el camino, los leprosos comenzaron a darse cuenta de que su piel se veía mejor. Imagínense la emoción que habrán tenido.

La Biblia dice que “uno de ellos, al verse ya sano, regresó alabando a Dios a grandes voces. Cayó rostro en tierra a los pies de Jesús y le dio las gracias, no obstante que era samaritano.

“-¿Acaso no quedaron limpios los diez? –preguntó Jesús-. ¿Dónde están los otros nueve? ¿No hubo ninguno que regresara a dar gloria a Dios, excepto este extranjero? Levántate y vete – le dijo al hombre-; tu fe te ha sanado”.

El leproso samaritano dio un buen ejemplo: volvió para dar gracias. Que no seas encontrado culpable de gran ingratitud. Tómate el tiempo para dar las gracias a Dios por las muchas cosas que él ha hecho por ti.

Por Helen Lee Robinson

## **GUILLERMO CAREY**

Padre de las misiones modernas 1761-1834

Siendo niño, Guillermo Carey sentía una verdadera pasión por el estudio de la naturaleza. Su dormitorio estaba lleno de colecciones disecadas de insectos, flores, pájaros, huevos, nidos, etc. Cierta día, al intentar alcanzar un nido de pájaro, cayó de un árbol alto. Cuando trató de subir por la segunda vez, cayó nuevamente. Insistió por tercera vez en su intento, pero cayó quebrándose una pierna. Algunas semanas después, antes de que su pierna estuviese completamente sana, Guillermo entró en su casa con el nido en la mano. "¿Subiste al árbol nuevamente?!" exclamó su madre. "No pude evitarlo. Tenía que poseer el nido, mamá", respondió el chiquillo.

Se dice que Guillermo Carey, fundador de las misiones actuales, no estaba dotado de una inteligencia superior ni poseía tampoco ningún don que deslumbrase a los hombres. Sin embargo, fue esa característica de persistir, con espíritu indómito e inconquistable, hasta llevar a término todo cuanto iniciaba, el secreto del maravilloso éxito de su vida.

Cuando Dios lo llamaba para que iniciara alguna tarea, él permanecía firme, día tras día, mes tras mes, y año tras año hasta acabarla. Dejó que el Señor se sirviera de su vida, no solamente para evangelizar durante un período de cuarenta y un años en el extranjero, sino también para realizar la hazaña, por increíble que parezca, de traducir las Sagradas Escrituras a más de treinta lenguas.

El abuelo y el padre del pequeño Guillermo eran, respectivamente, profesor y sacristán (Iglesia Anglicana) de la parroquia. De esa manera el hijo aprendió lo poco que el padre podía enseñarle. Pero no satisfecho con eso, Guillermo continuó sus estudios sin maestro.

A los doce años adquirió un ejemplar del Vocabulario latino, por Dyche, que Guillermo se aprendió de memoria. A los catorce años se inició en el oficio como aprendiz de zapatero. En la tienda encontró algunos libros, de los cuales se aprovechó para estudiar. De esa manera inició el estudio del griego. Fue en ese tiempo que llegó a reconocer que era un pecador perdido, y comenzó a examinar cuidadosamente las Escrituras.

Poco después de su conversión, a los 18 años de edad, predicó su primer sermón. Al verificar que el bautismo por inmersión es bíblico y apostólico, dejó la denominación a que pertenecía. Tomaba prestado libros para estudiar, y a pesar de vivir pobremente, adquirió algunos libros usados. Uno de sus métodos para aumentar el conocimiento de otras lenguas, consistía en leer diariamente la Biblia en latín, en griego y en hebreo.

A los veinte años de edad se casó. Sin embargo, los miembros de la iglesia donde predicaba eran pobres y Carey tuvo que continuar con su oficio de zapatero para ganar el pan cotidiano. El hecho de que el señor Oíd, su patrón, exhibiese en la tienda un par de zapatos fabricados por Guillermo, como muestra, era una buena prueba de la habilidad del muchacho.

Fue durante el tiempo que enseñaba geografía en Moulton que Carey leyó el libro titulado Los viajes del Capitán Cook, y Dios le habló a su alma acerca del estado abyecto de los paganos que vivían sin el evangelio. En su taller de zapatero fijó en la pared un mapamundi de gran tamaño, que él mismo había diseñado cuidadosamente. En ese mapa incluyó toda la información pertinente disponible; el número exacto de la población, la flora y la fauna, las características de los indígenas de todos los países. Mientras reparaba los zapatos, levantaba los ojos de vez en cuando para mirar su mapa y meditaba sobre las condiciones de los distintos pueblos y la manera de evangelizarlos. Fue así como sintió más y más el llamado de Dios para que preparase la Biblia para los millones de hindúes, en su propia lengua. La denominación a la que Guillermo pertenecía, después de aceptar el bautismo por inmersión, se hallaba en gran decadencia espiritual. Esto fue reconocido por algunos de los ministros, los cuales convinieron en pasar "una hora orando el primer lunes de todos los meses", pidiendo a Dios un gran avivamiento de la denominación. En efecto, se esperaba un despertamiento, pero como sucede muchas veces, no pensaron en la manera en que Dios les respondería.

En aquel tiempo las iglesias no aceptaban la idea de llevar el evangelio a los paganos, por considerarla absurda. Cierta vez en una reunión del ministerio, Carey se levantó y sugirió que ventilasen este asunto: El deber de los creyentes en promulgar el evangelio entre las naciones paganas. El venerable presidente de la

reunión, sorprendido, se puso de pie y gritó: "Joven, ¡síntese! Cuando Dios tuviese a bien convertir a los paganos, El lo hará sin su auxilio ni el mío."

A pesar de ese incidente, el fuego continuó ardiendo en el alma de Guillermo Carey. Durante los años siguientes se esforzó ininterrumpidamente, orando, escribiendo y hablando sobre el asunto de llevar a Cristo a todas las naciones. En mayo de 1792 predicó su memorable sermón sobre Isaías 54:2-3 :

"Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredarás naciones, y habitará las ciudades asoladas."

Disertó sobre la importancia de esperar grandes cosas de Dios y, luego puso de relieve la necesidad de emprender grandes obras para Dios.

El auditorio se sintió culpable de haber negado el evangelio a los países paganos, al punto de "clamar en coro". Se organizó entonces la primera sociedad misionera en la historia de las iglesias de Cristo, para la predicación del evangelio entre los pueblos nunca antes evangelizados. Algunos ministros como Brainerd, Eliot y Schwartz ya habían ido a predicar en lugares distantes, pero sin que las iglesias se uniesen para sustentarlos.

A pesar de que la formación de la sociedad fue el resultado de la persistencia de Carey, él mismo no tomó parte en su establecimiento. Sin embargo, en ese tiempo se escribió lo siguiente acerca de él: "Ahí está Carey, pequeño de estatura, humilde, de espíritu sereno y constante; ha transmitido el espíritu misionero a los corazones de los hermanos, y ahora quiere que sepan que él está listo para ir a donde quieran mandarlo, y está completamente de acuerdo en que formulen todos los planes."

Pero ni siquiera con esa victoria le fue fácil a Guillermo Carey materializar su sueño de llevar a Cristo a los países que permanecían en tinieblas, aunque dedicaba su espíritu indómito para alcanzar la meta que Dios le había marcado.

La iglesia donde predicaba, no consentía que dejase el pastorado, y sólo después que los miembros de la Sociedad visitaron la iglesia, fue que este problema se resolvió. En el informe de la iglesia consta lo siguiente: "A pesar de estar de acuerdo con él, no nos parece bien que nos deje aquel a quien amamos más que a nuestra propia alma."

Sin embargo, lo que él sintió más fue que su esposa se rehusara terminantemente a irse de Inglaterra con sus hijos. No obstante Carey estaba tan seguro de que Dios lo llamaba para trabajar en la India, que ni la decisión de su esposa lo hizo vacilar.

Había otro problema que parecía no tener solución: no se permitía la entrada de ningún misionero en la India. En tales circunstancias era inútil pedir permiso para entrar; y fue en esas condiciones que lograron embarcar, sin poseer ese documento. Desafortunadamente el navío demoró algunas semanas en partir, y poco antes de que zarpara, los misioneros recibieron orden de desembarcar.

A pesar de tantos contratiempos, la sociedad misionera continuó confiando en Dios; lograron obtener dinero y compraron un pasaje para la India en un navío dinamarqués. Una vez más Carey le rogó a su querida esposa que lo acompañase. Pero ella persistió en su negativa, y nuestro héroe, al despedirse de ella, le dijo: "Si yo poseyese el mundo entero, lo daría alegremente todo por el privilegio de llevarte a ti y a nuestros queridos hijos conmigo: pero el sentido de mi deber sobrepasa cualquier otra consideración. No puedo volver atrás sin sentir culpa en mi alma." Sin embargo, antes de que el navío partiese, uno de los misioneros fue a la casa de Carey. Muy grande fue la sorpresa y el regocijo de todos al saber que ese misionero lograra convencer a la esposa de Carey para que acompañase a su marido. Dios conmovió el corazón del comandante del navío para que la llevase, en compañía de los hijos, sin cobrar el pasaje.

Por supuesto el viaje a vela no era tan cómodo como en los vapores modernos. A pesar de los temporales, Carey aprovechó su tiempo para estudiar el bengalí y ayudar a uno de los misioneros en la obra de traducir el Libro del Génesis al bengalí.

Durante el viaje Guillermo Carey aprendió suficientemente bien el bengalí como para entenderse con el pueblo. Poco después de desembarcar comenzó a predicar, y los oyentes venían a escucharlo en número siempre creciente.

Carey percibió la necesidad imperiosa de que el pueblo tuviese una Biblia en su propia lengua y, sin demora, se entregó a la tarea de traducirla. La rapidez con que aprendió las lenguas de la India, es motivo de admiración para los mejores lingüistas.

Nadie sabe cuántas veces nuestro héroe experimentó grandes desánimos en la India. Su esposa no tenía ningún interés en los esfuerzos de su marido y enloqueció. La mayor parte de los ingleses con quienes Carey tuvo contacto, lo creían loco; durante casi dos años no le llegó ninguna carta de Inglaterra. Muchas veces Carey y su familia carecieron de dinero y de alimentos. Para sustentar a su familia, el misionero se volvió labrador, y trabajó como obrero en una fábrica de añil.

Durante más de treinta años Carey fue profesor de lenguas orientales en el Colegio de Fort Williams. Fundó también el Colegio Serampore para enseñar a los obreros. Bajo su dirección el colegio prosperó, y desempeñó un gran papel en la evangelización del país.

Al llegar a la India, Carey continuó los estudios que había comenzado cuando era niño. No solamente fundó la Sociedad de Agricultura y Horticultura, sino que también creó uno de los mejores jardines botánicos; escribió y publicó el Hortus Bengalensis. El libro Flora Indica, otra de sus obras, fue considerada una obra maestra por muchos años.

No se debe pensar, sin embargo, que para Guillermo Carey la horticultura era sólo una distracción. Pasó también mucho tiempo enseñando en las escuelas de niños pobres. Pero, sobre todo, siempre ardía en su corazón el deseo de llevar adelante la obra de ganar almas.

Cuando uno de sus hijos comenzó a predicar, Carey escribió: "Mi hijo, Félix, respondió al llamado de predicar el evangelio." Años más tarde, cuando ese mismo hijo aceptó el cargo de embajador de la Gran Bretaña en Siam, el padre, desilusionado y angustiado, escribió a un amigo: "¡Félix se empequeñeció hasta volverse un embajador!"

Durante los cuarenta y un años que Carey pasó en la India, no visitó Inglaterra. Hablaba con fluidez más de treinta lenguas de la India; dirigía la traducción de las Escrituras en todas esas lenguas y fue nombrado para realizar la ardua tarea de traductor oficial del gobierno. Escribió varias gramáticas hindúes y compiló importantes diccionarios de los idiomas bengalí, maratí y sánscrito. El diccionario bengalí consta de tres volúmenes e incluye todas las palabras de la lengua, con sus raíces y origen, y definidas en todos los sentidos.

Todo esto fue posible porque Carey siempre economizó el tiempo, según se deduce de lo que escribió su biógrafo: "Desempeñaba estas tareas hercúleas sin poner en riesgo su salud, porque se aplicaba metódica y rigurosamente a su programa de trabajos, año tras año. Se divertía pasando de una tarea a la otra. El decía que se pierde más tiempo cuando se trabaja sin constancia e indolentemente, que con las interrupciones de las visitas. Observaba, por lo tanto, la norma de tomar, sin vacilar, la obra marcada y no dejar que absolutamente nada lo distrajese durante su período de trabajo."

Lo siguiente, escrito para pedirle disculpas a un amigo por la demora en responderle su carta, muestra cómo muchas de sus obras avanzaron juntas: "Me levanté hoy a las seis, leí un capítulo de la Biblia hebrea; pasé el resto del tiempo, hasta las siete,

orando. Luego asistí al culto doméstico en bengalí con los sirvientes. Mientras me traían el té, leí un poco en persa con un muncki que me esperaba; leí también, antes de desayunar, una porción de las Escrituras en indostani. Luego, después de desayunar, me senté con un pundite que me esperaba, para continuar la traducción del sánscrito al ramayuma. Trabajamos hasta las diez. Entonces fui al colegio para enseñar hasta casi las dos de la tarde. Al volver a casa, leí las pruebas de la traducción de Jeremías al bengalí, y acabé justo cuando ya era hora de comer. Después de la comida, me puse a traducir, ayudado por el pundite jefe del colegio, la mayor parte del capítulo ocho de Mateo al sánscrito. En esto estuve ocupado hasta las seis de la tarde. Después de las seis me senté con un pundite de Telinga, para traducir del sánscrito a la lengua de él. A las siete comencé a meditar sobre el mensaje de un sermón que prediqué luego en inglés a las siete y media. Cerca de cuarenta personas asistieron al culto, entre ellas un juez del Sudder Dewany Dawlut. Después del culto el juez contribuyó con 500 rupias para la construcción de un nuevo templo. Todos los que asistieron al culto se fueron a las nueve de la noche; me senté entonces para traducir el capítulo once de Ezequiel al bengalí. Acabé a las once, y ahora te estoy escribiendo esta carta. Después, clausuraré mis actividades de este día con oración. No hay día en que pueda disponer de más tiempo que esto, pero el programa varía."

Al avanzar en edad, sus amigos insistían en que disminuyese sus esfuerzos, pero su aversión a la inactividad era tal, que continuaba trabajando, aun cuando la fuerza física no era suficiente para activar la necesaria

energía mental. Por fin se vio obligado a permanecer en cama, donde siguió corrigiendo las pruebas de las traducciones.

Finalmente, el 9 de junio de 1834, a la edad de 73 años, Guillermo Carey durmió en Cristo.

La humildad fue una de las características más destacadas de su vida. Se cuenta que, estando en el pináculo de su fama, oyó a cierto oficial inglés preguntar cínicamente: "¿El gran doctor Carey no era zapatero?" Carey al oír casualmente la pregunta respondió: "No, mi amigo, era apenas un remendón."

Cuando Guillermo Carey llegó a la India, los ingleses le negaron el permiso para desembarcar. Al morir, sin embargo, el gobierno ordenó que se izasen las banderas a media asta, para honrar la memoria de un héroe que había hecho más por la India que todos los generales británicos.

Se calcula que Carey tradujo la Biblia para la tercera parte de los habitantes del mundo. Así escribió uno de sus sucesores, el misionero Wenger: "No sé cómo Carey logró hacer ni siquiera una cuarta parte de sus traducciones. Hace como veinte años (en 1855) que algunos misioneros, al presentar el evangelio en Afganistán (país del Asia central), encontraron que la única versión que ese pueblo entendía, era la Pushtoo hecha en Sarampore por Carey."

El cuerpo de Guillermo Carey descansa, pero su obra continúa siendo una bendición para una gran parte del mundo.